

haber dentro, á la primer vista que vió fué el anillo que habia dado á su querido Ceberino, por do maravillada de tal cosa, y mas de las riquísimas joyas que con él venian, dijo: «santa María, Señora, ¿qué señal ó vestigio puede ser este? ¿Es quizá por desdicha mia muerto mi amado esposo Ceberino?» Cuanto pudo de presto tornó á cerrar la cajuela, y continuando sus oraciones, que Dios le diese nuevas de su vida ó de su muerte, pasaba sus días y noches tristes con mil sobresaltos que la combatian.

Volviendo á Ceberino, de como era molestado de los amores de Madama, y él, no queriendo conceder en ellos, proveyó Dios de remedio; y fué, que allegó en Constantinopla una nave española, y habiendo despedido toda su mercadería con el salvoconducto que tenia del gran turco, y estando para hacerse á la vela, Madama suplicó á Rosino que los dos se fuesen con aquella nave que estaba de partida, que ella le daría gran cantidad de dineros y joyas. Fingiendo que era contento, recibido que hubo lo que le habia prometido, embarcóse sin ella, y tuvieron tan buen tiempo que en breves días llegaron en España, y vino á aportar á la playa de Valencia, á do desembarcado con todas sus riquezas, vino á posar adonde Rosina estaba en hábitos de hombre; y como sintiese que se llamaba Ceberino, y estuviese muy ahincadamente mirándola, estaba dudando si era ó no era ella; y por mejor certificarse dello, apartóla en puridad, por do se vinieron á conocer, y á abrazarse del gozo que concebieron. Y ella le manifestó cómo la cajuela estaba en su poder, de las joyas que enviaba á su padre con el anillo que ella le habia dado en el bosque. Ceberino muy alegre dello, manifestó al mesonero cómo Ceberino se llamaba Rosina por otro nombre. Y era su mujer y esposa amada suya, y que por habelle hecho tan buen tratamiento en su casa se lo agradecía en grandísima manera, y sin eso le dió algunas joyas. Y ataviando á Rosina de riquísimas ropas y joyas, se embarcaron para Barcelona, á do dándose á conocer á sus padres, fueron muy bien recibidos, y de allí á pocos días celebradas sus bodas con alegre y sumptuoso regocijo.

#### PATRAÑA DECIMA.

Por causa de un cadenon  
A Marquina maltrataron,  
Las narices le cortaron,  
Y á su marido un jubon.

Tancredo, gentil hombre, sirviendo á Celicea, mujer casada, que vivía junto á casa de un barbero, fué tanta la conversacion que tuvo con Marquina, mujer del barbero, que hallándola llorando un día, le dijo: «sepa yo, señora, de vuestra merced, de qué llora.» Respondió: «¿no le parece que tengo de qué llorar, señor, que ya ha dos meses que no ceno ni duermo con mi marido?» Dijo: «¿por qué respecto, señora?» Respondió: «porque lo mercesce, pues no me quiere dar treinta ducados que me ha prometido para un cadenon de oro destes que se usan.» Dijo Tancredo: «¿y deso se ha de fatigar, señora? Yo se los prometo de dar, con tal que recabe vuestra merced con la señora su vecina Celicea, haga lo que por diversas veces la tengo rogado.» Marquina, codiciosa de haber cadenon, prometiéndoselo, dióle parte á Celicea de la pasion que Tancredo por ella pasaba, importunándola que no dejase de hacer por él, sabiendo que era hombre de bien, y que le podía socorrer de muchas necesidades. Fué tanta la importunacion de Marquina, que Celicea le dió palabra de hacer lo que mandase, y que sería desta suerte: que su marido de allí á dos días se habia de ir de la ciudad, y que ella le daría entrada; pero con tal condicion, que fuese por su casa por mas guardar su honestedad.

Hecho el concierto, el marido de Celicea, ya recelándose de Tancredo, antes que se partiese, pidió á Marquina una navaja diciendo que la habia mucho menester. Dejada, fué su camino. A la noche, entrando Tancredo en casa de la señora Celicea por el tejado del barbero, á cabo de rato tocó á la puerta el marido, por do de presto se volvió á salir. El marido, viendo la cama sahumada, reconoció toda la casa, y vuelto á su mujer le dijo: «¿qué es esto, mala mujer? Que teniades algun concierto; ¿pareceos bien, no estando vuestro marido en la ciudad, hacer estas putañerías?» Ella, disculpándose lo mejor que pudo, y él amenazándola de puro enojo apechugó con ella y la ató en un pilar que estaba en medio de la casa con las manos atrás; dejola allí diciendo: «esa será tu cama sahumada, bellaca traidora, y ahí dormirás esta noche,» y él acostóse en su cama. Como la mujer gimiese y llorase, y la buena de la barbera estuviese acechando lo que pasaba, por codicia de ganar los veinte ó treinta ducados para su cadenon, entróse queditamente por el terrado, y acercándose á Celicea le dijo: «señora, el mejor remedio del mundo tienes agora, si tú quieres hacer por Tancredo, pues tu marido está sin lumbre y duerme.» Respondióle: «¿cómo ó de qué manera?» Desta, dijo Marquina, que yo te desataré de donde estás, y tú atárame has á mí, porque si viniere á reconocerte tu marido no te halle menos; y vete corriendo, que en mi terrado hallarás á Tancredo, que te está esperando.» Contenta, desatada que fué Celicea, ató muy bien á Marquina, y fuése á holgar con su amante.

En este medio, como el marido despertase y se viese sin lumbre, dijo: «qué tal estais, mujer? ¿Dormís ó veláis?» Como Marquina callase por no ser descubierta, levantóse de presto el marido diciendo: «qué, ¿soy algun loco por ventura, mujer, que no me volveis respuesta? Espera, que yo os haré que hagais mal gozo á quien bien os quiere.» En esto tomó la navaja, y acercándose á ella la cortó las narices, y volvióse á acostar. A cabo de rato vino Celicea y desató á Marquina, y Marquina ató á la señora; y dándole parte cómo su marido le habia cortado las narices pensando que fuese ella, la cual se fué sin narices muy congojada á su posada, y á Tancredo dió despedida, recibiendo los treinta ducados prometidos.

Celicea á cabo de rato empezó á quejarse, diciendo: «señor Dios, pues vos sois testigo, si tengo culpa ó no de lo que me ha levantado mi marido, mostrad agora milagro en mi en curarme de mis narices.» De allí á otro poco dijo: «gracias os hago, señor, que estoy buena y sana, sin mirar á las demencias de mi marido.» Oyendo sus quejas, levantándose de presto encendió lumbre, y encendida fuése acia su mujer, y en vella con narices, arrojóse á sus piés muy humildemente, diciendo: «perdonadme, señora mujer, por el falso testimonio que os he levantado.» Perdonándole desatóla, y fuéronse á acostar marido y mujer muy regocijadamente. El marido de la barbera, como se levantaba antes del día, porque habia de ir á afeitar fuera de la ciudad, y reconociese su estuche, y tentando hallase menos la navaja, fué á pedirla á su mujer. Y como ella le diese mala respuesta, tiróle el estuche, por do ella empezó á gritar y dar voces: «¡Ay traidor, ay, mal hombre, que me ha cortado las narices!» A las desafortadas voces subió el alcalde que iba rondando por la ciudad, para ver lo que podía ser aquello. Viendo la mujer sin narices, queriendo apañar de nuestro barbero, y él arrancase de su espada, haciendo resistencia, porque fué herido el porquerón, lo llevaron á la cárcel, y por sentencia á cabo de días le azotaron por la ciudad. Así que por codicia de una cadena de oro fué la barbera desnarigada y el marido azotado.

#### PATRAÑA ONCENA.

Apolonio por casar  
Con la hija de Antioco,  
Grandes infortunios toco  
Que pasó por tierra y mar.

Antioco, rey de la ciudad de Antioquia, siendo viudo, tenia una hija llamada Safirea, en tan extremo grado hermosa que su gracia y gentileza sonaba por todas aquellas comarcas. Y como después de su padre estaba determinado que habia de suceder en el reino, importunábanle grandes principes y señores de pedirsela por mujer, y como á él no le conviniese, porque no le amolestasen sobre ello, puso esta pregunta á la puerta de su palacio, que decia desta suerte:

#### PREGUNTA.

Soy el que tengo y no tengo,  
Cai sin me levantar,  
De lo injusto me sostengo,  
Entro do no puedo entrar.

Notificado, que cualquier que le declarase sobre la dicha pregunta, de cualquier estado que fuese, le daría á su hija por mujer, cuando no, que le cortaría la cabeza, por este respecto ninguno hubo que se atreviese á pedirla, sino fué á cabo de mucho tiempo el príncipe Apolonio, señor de la provincia de Tiro, que por su acutísimo ingenio alcanzó la verdad del negocio. El cual, por estar muy enamorado de la Safirea, vino delante del rey Antioco para declararle la pregunta, y apartándole en puridad. «Tú eres, rey, el que tienes razon y no la tienes; tienes razon, porque eres hombre; no la tienes, por vivir bestialmente en echarte con tu hija, y eso es sostenerte injustamente, y entrar do no puedes entrar.» Admirado el rey, viendo que habia acertado, sin mostrar ninguna perturbacion, dijo: «Digno eres de muerte, Apolonio, porque no has dicho verdad; mas porque no me pintes por cruel, y ser la persona que eres, yo te doy un mes de tiempo para que mejor pienses en ello.» Despedido Apolonio, vista la presente, se embarcó para Tiro, y Antioco no le hubo dado licencia, que de allí á poco no se arrepintiese por ello, y de miedo que no fuese manifesto su pecado, mandó á Taliarca, criado suyo, con otros hombres de mala vida, que fuesen tras de Apolonio, y como quiera que fuese le matasen. En este intermedio, estando Apolonio en su tierra, y pensando que habia declarado la pregunta al rey Antioco, y que no habia cumplido su palabra en darle por mujer á su hija Safirea, á quien tanto quería y amaba, tomó una nave, la cual cargó de mucho trigo, y dineros y joyas de infinita valía, y de aborrescido se embarcó de noche secretamente en ella con ciertos criados y familiares suyos.

Los de Tiro habiendo sentimiento de su tan aborrescible viaje, y que la causa dello era el rey Antioco, por no haberle querido dar á su hija por mujer, concibieron tanta tristeza por ello, que vista la presente, mandaron cesar cualquier trato que fuese de regocijo. Por lo cual la gente de la ciudad estaba puesta en gran afliccion y cuidado por el amor de su príncipe.

Pues como desembarcase Taliarca en el puerto de Tiro y hallase el pueblo tan triste, preguntando á un muchacho la causa dello, le respondió: «amigo, que no sabes tú, que todo esto es porque el príncipe nuestro, Apolonio, no se sabe si es muerto ó vivo, que después que vino de Antioquia no parea.» Con esta relacion Taliarca con sus compañeros se volvió á embarcar muy satisfecho. Y venido ante su rey Antioco, le dió aviso de lo que pasaba, Y luego inmediatamente mandó pregonar por todo su reino, que cualquier que le diese vivo al príncipe Apolonio le daría cinco mil marcos de oro, y al que muerto, ó su cabeza, mil y quinientos.

T. III.

Volviendo al príncipe Apolonio, que con su nave seguía su ventura, vino á aportar en una provincia llamada Tarcia, y desembarcando, y paseando por ella en traje de mercader, conocióle (aunque en bajos vestidos iba vestido) Heliato, senador della, que en días pasados habia sido su vasallo, y llamándole por su nombre no le quiso responder Apolonio. Heliato entonces tornó á llamarle diciendo: «Rey Apolonio, ¿por qué quieres despreciar á quien favorecerte puede? Yo te certifico, que si tú supieses lo que de tí sé, que tú me escucharías, y gratificarías muy bien.» A esto respondió Apolonio: «si te place, amigo, por lo que debes á virtud, me digas precisamente lo que de mí sabes. — Sé, le dijo Heliato, que el rey Antioco ha hecho pregonar por todas sus tierras, que quien le diere tu persona, le promete dar cinco mil pesantes de oro, y el que tu cabeza mil y quinientos.» Ansi, dijo Apolonio: «¿y es tu profesion de ganar eso?» Respondió Heliato: «no plega á Dios que tal traicion cometa á quien por rey he obedecido algun tiempo, sino lo que te suplico es que, lo mas presto que puedas, dejes la Tarcia, que aunque sea señoría por sí, no podemos dejar de complacer al rey Antioco por algunas mercedes que dél habemos recibido.» A esto respondió Apolonio: «si alguna gracia alcanzar de tí pretendo, ha de ser esta, que me aposentes secretamente por algunos días en tu casa, á causa que vengo muy fatigado de la mar.» Heliato atemorizado, no sabiendo cómo se espeler de tal demanda, dijo: «Señor, mi casa y cuanto hay en ella, está presta para tu servicio, sino que hay un gran inconveniente, y es que perecemos de hambre; porque está la ciudad en gran estrechura de trigo, que no tenemos ya sino para tres días; mal podría hacerte aquel acatamiento que mercesce quien de pan carece.» Tanto mejor, dijo Apolonio: te habias de alegrar y dar gracias á Dios que á tal coyuntura me ha traído á tu patria; porque te hago saber que traigo en mi nave cien mil hanegas de trigo, y lo desembarcaré en ella, si fuere contenta la señoría de Tarcia de tenerme secreto y hospedarme en su tierra.» En oír esto Heliato, de gran gozo y alegría que concibió en su corazon, se le arrojó á sus piés queriéndoselos besar, y Apolonio no consintiendo alzólo de tierra. Alzado, suplicó Heliato que se fuese derecho con él, que los senadores le estaban aguardando á consejo sobre la hambre que les apremiaba: y que allí notificaria su demanda, y redempcion tan preciosa como traía para todos.

Idos delante de los senadores, propusoles muy en secreto Heliato, como aquel era el príncipe Apolonio, y si querian favorecerle en tenelle secreto en su tierra, les favoreceria de cien mil hanegas de trigo que traía en su nave; y estas vendidas al precio que le costaba, que era á razon de cuatro reales por hanega. Muy alegres los senadores por tan señalada merced, respondieron que eran muy contentos, que no solo le favoreceria, pero que perderian la vida y estado por él, si menester fuese. Desembarcando el trigo el príncipe Apolonio como simple mercader, lo quiso distribuir todo por sus manos al pueblo. Y así el que podia pagar pagaba, y al que no, fiaba, y á los pobres labradores daba para que sembrasen, con tal que á la cogida se lo volbiesen. Viendo los senadores tan gran misericordia y liberalidad en un hombre, le mandaron hacer una estatua riquísima de piedra mármol dorada, que en la mano tenia un manojo de espigas, y en la otra dineros, como que se le caian de las manos, con un epigrama á los piés que decia:

#### EPÍGRAMA.

Este á Tarcia remedió;  
Y aunque se mostró ser hombre,  
De Apolo deriva el nombre.

Pasados algunos días, como viesen los senadores la aficion y voluntad que en Apolonio habia puesto el pueblo,

lo uno por temor que no se alzase con la tierra, lo otro porque no viniese á noticia del rey Antioco que á su enemigo favorecían, determinaron de hacerle príncipe y capitán de la mar, y darle cargo de treinta galeras que tenían. Y así, dándole parte dello, fué muy contento de recibir aquel cargo, porque de aquella suerte pretendía estar mas á su salvo.

Pues navegando Apolonio con sus treinta galeras, hizo tantas hazañas que de todos los corsarios era temido, y de los de Tarcia muy honrado; sino que la fortuna le fué contraria, porque de allí á pocos dias le sobrevino tan gran tormenta, que se le perdió toda la flota, salvo una galera que volvió á Tarcia, dando noticia de tan gran desdicha y pérdida; y la capitana, que dió al través con las costas de Pentapolitania, donde no se salvó sino fué Apolonio que, abrazado con una tabla, salió á la ribera todo mojado. Y estándose allí plañiendo de cómo la fortuna tan ásperamente le perseguía, juntó con él un pescador, preguntándole de qué nación era, y qué buena ventura lo había traído en aquella provincia. Dijo Apolonio: «has de saber, hermano mio, que soy natural de Tiro, y viniendo pasajero en las galeras de Tarcia que han perescido, abrazado en una tabla soy escapado cual me ves.» Viéndole el pescador de tan buena disposición y crianza, le rogó que se fuese con él hasta su alojamiento, á do le dejaría de sus ropas en tanto que se enjugasen las suyas. Apolonio, agradeciéndole la merced que le hacía, siguió vuestro pescador, el cual le sustentó por algunos dias, incitándole que si quería ejercitar su oficio, que no le faltaría en que poder pasar la vida; respondióle Apolonio que no era de su condición; le suplicó que le enseñase el camino de la ciudad, porque quería probar su ventura. Viendo su determinación, el pescador púsole en el camino de la ciudad de Pentapolitania, y dándole dineros para el camino, le dijo: «mirad, amigo, parad mientes á los buenos, y guardad las orejas sobre todo; y cuando no halláredes en que pasar la vida, volved á mi pobre barquilla, que á fe de quien soy prometoos de nunca faltáros con mi poca lacería.»

Apolonio, viendo su entrañable ofrecimiento, le abrazó, y dándole gracias por el buen consejo que le daba, se despidió dél, y entrando por la ciudad vido un trompeta que iba pregonando á voces: «ah hombres, oidme bien los que sois extranjeros, y diligentes en servir, y diestros en saber algunos virtuosos ejercicios y habilidades; acudid de presto á los baños reales, porque el rey se quiere bañar.» Apolonio, apresurando el paso, siguió al trompeta, y vistos los baños entróse por ellos, á do viendo al bañador lo que hacía, púsose con muy buena gracia y diligencia en ayudarle. El bañador, en verle tan servicial y de tan gentil presencia, preguntóle de qué nación era. Apolonio le respondió, que de Tiro, y que había sido bañador en su tierra. En esto, como llegase el rey y toda la caballería, atajóse la plática que los dos tenían, y lavando el bañador al rey, por probar su habilidad, dijole: «Naufragio, ayúdame.» Bañado que fué el rey, era uso á personas reales en aquella tierra, á la postre, ungiros con ciertas confecciones de unguentos. Y para esto suplicó Apolonio al bañador que le dejase hacer aquel ejercicio. Contento, fué tanta la sutileza y gracia con que Apolonio lo hizo, que el rey estuvo admirado dél.

Después que el rey y todos los caballeros se hubieron bañado, asentóse en una cuadra que había muy encerrada, y mandó que todos los extranjeros que el trompeta había llamado viniesen en su presencia, y así por holgarse con ellos (como lo tenía de costumbre) había puestas cuatro joyas para quien mejor saltase, y bailase, y luchase y tirase barra. Habiéndose todos probado en estas cuatro habilidades, no hubo quien mejor lo hiciese que Apolonio, y así le mandó librar el rey las cuatro joyas. Vuelto á pa-

lacio, estando las mesas puestas para asentarse á cenar, platicando con sus caballeros, dijo: júroos en verdad, amigos míos, que estoy tan contento y satisfecho del servicio que me hizo aquel mancebo hoy en el baño, como de cuantos servicios he recibido en esta vida, y mas de sus fuerzas y habilidades. ¿Sabrá ninguno de vosotros, acaso, de qué nación es, y cómo se llama? Respondiendo que no sabían otra cosa, sino que tenía por nombre Naufragio. «Pues llamadme á ese Naufragio», dijo el rey. Idos, y venido Apolonio á palacio, por jamás quiso entrar de vergüenza delante la presencia del rey, á causa de estar mal vestido. Dándole al rey noticia desto, mandó que le diesen ricos vestidos. Parecido Apolonio delante del rey con aquel acatamiento que convenia, hizole asentar en una mesa que estaba enfrente de la suya, y darle á cenar de las mismas viandas que él cenaba. Apolonio, viendo la majestad del servicio de la plata y oro con que al rey servían, estaba muy triste. En esto dijo el mayor-domo al rey: «¿no ve al Naufragio, cuán envidiosamente tiene el ojo al oro y plata de vuestra alteza?» A estas inconsideradas palabras respondió el rey. «Muy mal has juzgado, antes es de pensar que aquella tristeza debe de proceder de haberse visto en alguna prosperidad, segun muestra la autoridad de su persona.» Acabado que hubieron de cenar, y alzados los manteles, el rey hizo pasar á Apolonio á su mesa; y preguntándole de su estado y vida,

«Respondió con un suspiro;  
Sabrás, rey, que por amar  
Perdi mi nombre en la mar,  
Mi nombre y nobleza en Tiro.»

Dijo el rey: «en verdad, amigo, yo no te entiendo, si mas abiertamente no te declaras.» En esta confabulación entró por la sala la infanta Silvania, hija del rey, hermosísima en extremo grado; la cual, por ser en aquella tierra uso y costumbre de besar en el rostro al rey, y después á los que á su lado estaban, después de su padre fué á besar á Apolonio; y como no le conociese y le viese lleno de sobrada tristeza, dijo: «padre y señor mio, sepa yo, si puede ser, quién es este mancebo extranjero que tanta honra recibe, y de tanta tristeza le veo rodeado.» Dijole el rey: «ó dulcísima y amada hija mia, este mancebo has de saber que se llama Naufragio, y por el buen servicio que dél he recibido hoy en el baño le he convidado á cenar; lo que yo te mando agora es, que te sientes, y por regocijarle te pongas á tañer y cantar un poco con tu cítara. Contenta Silvania por complacer al mandamiento de su padre, cantó lo siguiente:

## SONETO.

Naufragio, no te quejes de fortuna;  
Si de prosapia generosa vienes,  
Entiende que sus males y sus bienes  
Estables nunca son en parte una.  
Si claro ves que sin razon ninguna  
No rige sus mudanzas ni vaivenes,  
Menos razon alcanzarás, ni tienes  
Poder para quejarte en su tribuna.  
¿Sabes de qué podrías tú quejarte  
Con justa causa y valerosa suerte,  
Con alegre semblante denodado,  
Con espíritu sabio moderado?  
Porque mas presto no quiso traerte  
Do amor, franqueza tanto se reparte.

Acabado que hubo de tañer y cantar la infanta Silvania, todos quedaron muy satisfechos y regocijados de ver cuán agraciada y artificiosamente había tañido y cantado, sino Apolonio, que ninguna señal de alegría mostraba haber recibido; por lo cual dijo el rey: «¿qué es esto, Naufragio? No te entiendo: todos á una de la música de mi hija se han contentado, y tú me parece que con callar la vituperas.» Respondióle Apolonio: «magnánimo rey, pues

me incitas á que diga lo que siento, has de saber que tu hija comienza á entender el arte de la música, pero no tiene alcanzada la perfeccion della.» Así dijo el rey: «pues por amor de mí, Naufragio, que tomes la cítara en tus manos, para que todos gocemos desa perfeccion que dices.» Entonces Apolonio, aunque contra su voluntad, por obedescer su real mandamiento, cantó con la cítara respondiendo al propósito de lo que la infanta Silvania le había cantado, diciendo así:

## OCTAVA.

Dama real, agraciada, y llena  
De amor, piedad, favor y gentileza,  
De vella sentir pena de mi pena  
Siente mi corazón mayor tristeza.  
Alegre su semblante y vista buena;  
Que solo para mi naturaleza  
Formó en triste signo y aciago  
Sobresaltos, perder, pasión y estrago.

Tañido y cantado que hubo Apolonio; de ver la destreza y suavidad de la música, y la gracia y desenvoltura, y cuán á propósito había respondido y cantado, el rey y los caballeros quedaron atónitos y maravillados, y mucho mas la infanta Silvania, captiva y presa de sus amores; por lo cual suplicó al padre, diciendo: «amantísimo y querido señor padre, si, por tiempo, alguna merced de tu liberalísima mano concederme pretendes, esta por tu gran clemencia no me niegues agora, y es, que á este Naufragio me des por maestro, para que su perfeccionada música dependa.» Concediéndosela el padre, le mandó dar á Naufragio cien mil ducados para que se aderezase y pusiese en aquel estado de maestro, cual para su hija convenia, y le asignó un rico aposento, y mas, seis criados para que le sirviesen. Pues como la conversacion de la infanta Silvania y del maestro Apolonio fuese tanta en la demostracion de la música, y ella tuviese muy encelados sus encendidos amores, teniendo un dia oportunidad, le suplicó muy encarecidamente que le hiciese tan señalada merced de manifestarle de qué prosapia descendia, porque sus tratos y condiciones manifestaban proceder de alto linaje. Viendo Apolonio la afectacion tan grande de su demanda, y las mercedes que della de continuo recibia, le prometió de decille su nombre y la condicion de su estado, con tal que le jurase de tenello secreto. Prometiéndoselo, le dijo como era el príncipe Apolonio, dándole particularmente relacion de las desdichas que le habían sucedido, y que se tenía por dichoso de ser favorecido de su real alteza. De lo cual ella se holgó en extremo, y fueron mas presas y captivas de amor sus entrañas, y como su pasión no pudiese manifestar, ó no quisiese, por mas honestidad suya, cayó mala. De la cual enfermedad de muchos médicos fué visitada, y de ninguno conocida, y del padre en extremo grado plañida.

En esta coyuntura allegaron á la corte tres príncipes muy señalados, de un ánimo conformes, á pedir á la infanta Silvania por mujer, y que ella misma determinase y señalase (por quitarlos de contienda) á cuál de los tres escogía por su legitimo marido. Ordenada su petición, y venida á manos del rey su padre, llamó á su maestro Apolonio, diciéndole: «toma, Naufragio, esta descripción y voluntad destes tres príncipes que han allegado á mi corte, y preséntala á mi muy amada hija mia y discúpula tuya, para que asiente y señale de su mano á cuál destes tres escoge por marido. Venida á manos de la infanta, tomola sin perturbacion ninguna, y en ausencia de su maestro Apolonio asignó lo siguiente: «El que yo mas amo y quiero por esposo, señor padre, y suplico que me deis, si pretendéis dar vida á esta hija vuestra, es al príncipe Apolonio.» Pasados algunos dias, pidiéndole Apolonio el papel para saber su determinación, le respondió, que no le daría á persona desta vida sino al rey

su padre. Venido pues el rey al aposento de su hija, y sabida su voluntad, maravillado de leer tal nombre, la dijo: «¿Qué es esto, hija mia? no entiendo quién es este príncipe Apolonio que de tu mano señalas por esposo. — Ay, respondió con un apasionado suspiro la infanta; ¿quién ha de ser sino mi muy amado y carísimo maestro, que hasta aquí por Naufragio habeis tenido? — Muy bien entiendo y conozco tu mal, hija mia, dijo el rey; sosiégate y no te alijas tanto; porque si así pasa, cual tú me has informado, por las virtudes y fama que dél en mis reinos se han divulgado y estendido, desde agora lo acepto por mi yerno, y te lo concedo por marido:» y con esta esperanza se despidió della, y dió por disculpa á los príncipes que por mujer la pedían, que era imposible, por ballarse mal dispuesta, determinarse entonces su hija de señalar marido, y que por tanto perdonasen. Y así se despidieron, volviéndose á sus tierras.

El rey, no descuidándose de la salud de su hija, llamó muy en secreto á Apolonio, diciéndole: «yo te suplico, Naufragio, por la fe que debes á Dios y á la orden de caballería, me digas si eres tú el príncipe Apolonio.» Respondió: «No puedo dejar de decir la verdad por el juramento que me ha hecho vuestra real alteza: sepa que lo soy, y presto y aparejado para hacer su mandamiento. — Lo que yo mando, dijo el rey, no es otra cosa sino que tengas por bien de casarte con mi hija, porque esta es su voluntad y mia, siendo tú dello contento.» Agradeciéndole tamaña merced Apolonio, queriéndose arrodillar para besarle las manos, el rey le abrazó con los brazos abiertos, no consintiendo que se arrodillase, sino que dándole su bendición y el parabién, se fué al aposento de su hija, y dándole parte de su casamiento, por ser la cosa que mas deseaba, en breves dias se levantó de la cama, y fueron ordenadas las bodas con mucha solemnidad y honra. Pero la noche antes que se velasen, el príncipe Apolonio determinó de ir al baño con aquella autoridad y regocijo que el rey su suegro acostumbraba con los mas principales del reino. Ya que se hubo bañado, dióse á conocer al bañador, por tener ocasion de gratificalle el bien que por él había conseguido, el cual, como le conociese, se le arrodilló delante, suplicándole que le concediese alguna merced; y así se le concedió que, vista la presente, le mandó que dejase de ser bañador y fuese su camarero, y camarera su mujer de la infanta Silvania; y para ello les proveyó de veinte mil ducados. Venido el dia de las bodas, fueron celebradas con abundancia de manjares y máscaras y danzas, en fin, como á personas reales. En las cuales se hurtaron ciertas piezas riquísimas de plata y oro; y por bien que hicieron sus diligencias y pesquisas, no pudieron descubrir quién había sido el ladrón; porque fué tan astuto y cosario que, vista la presente, se embarcó con ellas, y le pasó en su barca el pescador que hospedó al príncipe Apolonio, dándole á entender que era platero, y que, por no darle el precio conveniente de las piezas el príncipe Apolonio, se volvía á su tierra. Pues como se hubiese desembarcado, y el ladrón no tuviese dinero para podelle pagar su pasaje, le dió un tazoncillo de plata. El bueno del pescador con sus limpias y sanas entrañas le tomó, y volviendo muy alegre y muy contento á su casa, lo encomendó á su mujer que lo guardase. Pasados algunos años, viviendo descansadamente el príncipe Apolonio, su amada y querida mujer Silvania se sintió preñada; con la cual nueva y regocijo condució á su padre que jurasen á su marido Apolonio por rey de Pentapolitania para que reinase después de sus dias. Contento, fué su coronacion con riquísima sumptuosidad celebrada, haciendo por tres dias continuas luminaciones y fiestas, y á la fin dellas llegaron en una nave, que surgió en el puerto, unos embajadores del reino de Antioquia y de Tiro con grandísimo aparato, supremamente ataviados, y parecidos en la sala real, y pos-